

de Bélgica la expulsión de los emigrados, que desde Bruselas están haciendo una guerra sangrientísima al nuevo orden de cosas que se ha establecido en Francia.

No pondré término á esta carta sin decir algo acerca de la política interior del Presidente, la cual es cada día más enérgicamente conforme con lo que exige el restablecimiento del principio de la autoridad, tan menoscabado en el mundo en los tiempos que ahora corren. Usted habría visto por los periódicos los decretos que han seguido á aquel por el cual el Panteón ha sido consagrado nuevamente al culto divino bajo la advocación de Santa Genoveva. Entre ellos figuran como más importantes dos, de los cuales el uno previene la observancia del precepto religioso que prohíbe trabajar los domingos y días feriados, y el otro manda borrar de todos los monumentos y edificios públicos la sangrienta y estúpida divisa de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; divisa que había sido aceptada por todas las revoluciones triunfantes.

Todo indica que el Presidente se propone seguir adelante en el camino comenzado: por una parte, la Guardia Nacional está herida de muerte y va á desaparecer muy pronto; por otro, han sido restablecidas en las banderas de los ejércitos las águilas imperiales. Conservando su residencia privada del Elíseo, el Presidente tendrá en adelante otra oficial en las Tullerías. La autorización de levantar empréstitos concedida á varios Ayuntamientos, es señal de que el Presidente lo prepara todo para realizar una descentralización saludable de la Administración, al mismo tiempo que concentra en su persona todo lo que concierne á la política y al gobierno. La descentralización administrativa será completa cuando se haya declarado la mayor edad de las Corporaciones municipales, término adonde parecen dirigirse todas las providencias tomadas hasta aquí y las que se anuncian próximamente. La Constitución, por fin, será publicada probablemente dentro de breves días.— De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 24 de Febrero de 1852.

Muy señor mío : Voy á bosquejar muy brevemente el cuadro interior de la Francia y el exterior de la Europa en el momento en que escribo.

La idea de la inestabilidad ha vuelto á apoderarse de los ánimos; hay temores vagos é indefinidos de catástrofes: la industria no prospera: el comercio se pára, y ha cesado cuasi de todo punto la actividad de los negocios. Yo debo manifestar á Ud. estos vagos temores porque existen: no debo ocultarle, empero, que son exagerados. El golpe de Estado desorganizó tan violentamente y de tal manera todas las fuerzas que pudieran rebelarse contra el nuevo poder, que no es probable, ni aún posible, que puedan rehacerse en largo tiempo. Todo acto de rebelión ó de resistencia en las circunstancias actuales sería un acto de locura, como quiera que el nuevo poder salido del último cataclismo, cualesquiera que sean las faltas que cometa, tiene por de pronto, y tendrá durante mucho tiempo todavía, fuerza bastante para comprimir todas las resistencias y para sofocar todas las rebeliones.

Yo diré en pocas palabras en qué consiste su fuerza, y en dónde está su debilidad; qué es lo que le hace más invencible, y por dónde es vulnerable. Su fuerza consiste en haberse hecho el representante de la reacción universal contra la preponderancia exclusiva de las clases medias y contra las teorías parlamentarias: su fuerza consiste en haber buscado su punto de apoyo en el Ejército y en la Iglesia, los dos más grandes instrumentos¹ de organización y de conservación que existen en el

¹ La palabra "instrumento", no debe ser entendida aquí en su propio riguroso sentido.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

mundo. Su debilidad consiste en que ni encuentra ni busca hombres, en que está en medio de un vacío; el Príncipe Presidente ha creído que podía prescindir de la clase media, en lo cual tiene razón; pero no la tiene en creer que puede prescindir del mismo modo de los individuos eminentes que esa clase encierra en su seno. Una nación de treinta y seis millones de habitantes, centro de la civilización, emporio de industria, necesitada de glorias, no puede resignarse por largo tiempo á ser gobernada por gente de poco valer, salida no se sabe de dónde, para tomar, sin saberse por qué, la gobernación del Estado. Yo desafío á todos los Gobiernos de Europa á que gobiernen bien con la clase media y á que gobiernen bien sin sus hombres: el arte supremo consiste en servirse de sus individuos para matarla ¹: guerra á la clase, paz á las personas: éste es el verdadero programa y la verdadera divisa de la reacción, que va manifestándose en todas partes con un ímpetu y con un poderío invencibles.

En el exterior, las cuestiones son mucho más complicadas. La idea de la guerra se arraiga profundamente, en medio de la ausencia completa de toda causa aparente de conflicto. La guerra, si llega á estallar, como yo creo, será el efecto lógico de la naturaleza misma de las cosas, y estallará contra la voluntad de los hombres. El interés de la Francia, caso de que estalle, es reunir al Continente contra la Inglaterra: para reunirle, su interés es proclamar como objeto final de la lucha, por una parte la independencia continental con respecto á la Gran Bretaña, y por otra, la reacción continental contra la demagogia europea. Si la Francia sabe plantear de esta manera la cuestión, el éxito de la lucha no podría ser dudoso: la Inglaterra y la demagogia serían expulsadas del Continente. El interés de la Inglaterra consiste en dividir al Continente con el fin de dominarlo: para dividirlo, su interés está en plantear la cuestión de otra manera, convirtiendo todas las cuestiones en cuestiones de ambición, en cuestiones territoria-

¹ El autor habla aquí en sentido político. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

les: si consigue dar este giro á la cuestión, el Continente está perdido: la Prusia neutralizará al Austria: el Austria y la Prusia neutralizarán á la Francia, y la Rusia quedará paralizada del todo, no siéndole posible ejercer su acción sobre la Europa sino por medio de las naciones germánicas. En medio de esta paralización universal, la Inglaterra sola conservará su libertad de acción y seguirá ejerciendo sobre las naciones continentales su insolente y funesto protectorado. Si hubiera en Europa un solo Ministro capaz de tomar la grande y gloriosa iniciativa de una Liga continental en el terreno de la independencia del Continente y de las ideas conservadoras, ese Ministro sería grande en lo presente, y grande en lo futuro: su nombre sería inmortal, porque le inmortalizaría la Historia.

La entrada en el poder del Ministerio tory puede ser funestísima, por cuanto contribuirá poderosamente á borrar la mala impresión que ha dejado en pos de sí la política palmertoniana, que es la política de la Inglaterra. Una vez que el Continente esté dividido entre sí, y reconciliado con la Inglaterra á causa de la mansedumbre del partido conservador inglés, el partido conservador inglés volverá á dejar el puesto á Lord Palmerston, el cual volverá á desencadenar sobre el Continente, con universal aplauso de Inglaterra, los vientos de las revoluciones.

En el momento en que escribo, la Liga continental es el suceso más improbable. La Bélgica teme por la integridad de su territorio, y se arma: la Rusia le envía un Embajador como para aprobar sus armamentos. La Prusia teme por el Rin, y se muestra un si es no es recelosa en sus relaciones con la Francia. Entre la Francia y el Austria hay la más absoluta cordialidad; pero esta cordialidad está fundada tal vez en intereses materiales: el Austria no vería con enojo á los franceses en Bruselas si en Turín pudiera el general Radetzki brindar por su Emperador. La Rusia obedece á dos políticas diferentes: la del conde de Nesselrode y la del Emperador Ni-

colás: el Conde tiene fija la vista en las águilas imperiales, y teme un desbordamiento de la Francia; el Emperador la tiene puesta en las hordas demagógicas, y dejando á un lado todas las cuestiones territoriales, sólo revuelve en su mente la manera de conjurar la tormenta revolucionaria: á él se debe exclusivamente que la Prusia y el Austria no hayan venido á las manos; á él exclusivamente se debe esa apariencia de unión que existe entre las dos Potencias, y á él exclusivamente se deberá su amistad, si llega á verificarse algún día. El emperador Nicolás es el único hombre de Estado de Europa.

De lo dicho se infiere que, hoy por hoy, la cuestión territorial, que ha de salvar á la Inglaterra y ha de perder al Continente, parece ser que prevalece sobre la cuestión política, que salvaría al Continente y perdería á la Inglaterra. Aquí ve Ud. cómo, atento sólo á ilustrar su conciencia hasta donde mis fuerzas alcancen, procuro exponer sencillamente los hechos como se presentan á mis ojos, sin que tuerzan mi juicio, ni vanas esperanzas, ni vanas ilusiones.

Mientras que las cosas no varíen de semblante, el interés evidente de España es reconcentrar todas sus fuerzas en la defensa de su propio territorio, observando en los conflictos europeos una neutralidad absoluta. Otro sería mi consejo si el estado de la cuestión fuera otro: bástame, empero, discurrir en lo que conviene hoy, sin usurpar los derechos del porvenir disertando estérilmente sobre lo que puede convenirnos mañana.

De Ud. afectísimo amigo y S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARIS, 10 de Marzo de 1852.

Muy señor mío: La situación interior de la Francia no ha experimentado desde hace mucho tiempo cambio ninguno. Las elecciones que acaban de realizarse son la consagración de la conducta del Príncipe Presidente, cuyo poder, por ahora, es invencible é incontrastable. Esto no parecerá á Ud. extraño si considera que, entre todos los poderes absolutos, ninguno es más tremendo que el que las muchedumbres delegan á sus amantes favoritos: estos poderes, sin embargo, suelen tener de efímeros lo que tienen de formidables. No quiere decir esto que el del Príncipe haya de pasar en breve: al revés, creo que no hay fracción ninguna ni partido ninguno que sea poderoso hoy, no digo para derribarle, pero ni para conmoverle siquiera.

Los partidos monárquicos han conocido instintivamente esta situación, y con el fin de salir de ella hacen esfuerzos para agruparse. Estos esfuerzos, que han sido estériles hasta aquí, prometen hoy ser más fecundos y fructuosos: los Príncipes de la familia de Orleans, que habían observado una gran circunspección en esta materia, comienzan á balbucir la palabra *fusión* , tan áspera antes á sus oídos: el mismo M. Thiers, que la combatió en otros días arduamente, comienza á considerarla como el único puerto adonde puede arribar su barca, maltratada por el naufragio. No se disputa ya sobre la fusión en sí misma, que todos tienen por provechosa y necesaria: trátase sólo de averiguar cuáles han de ser sus condiciones. Los de un bando desearían que un individuo de la familia de Orleans fuera, en nombre de los suyos, á rendir un respetuoso

homenaje al conde de Chambord, dándole el nombre de Majestad y reconociéndole por su Rey: hecho esto, no se opondrían á que el Conde preguntase al Príncipe por la salud de la *Reina viuda* y á que le devolviese la visita. Los del otro bando, empero, sostienen que los Príncipes de la Casa de Orleans no pueden, sin deshonrarse, reconocer á Enrique V sin que éste haya reconocido antes, por medio de una visita de atención, la Majestad de la exreina de los franceses; añadiendo que, para que la reconciliación fuese sincera, no estaría de más que el duque de Burdeos aceptara los tres colores de la Monarquía de Julio. Entretanto el tiempo pasa, la necesidad apremia; y el uno pasa de tal manera, y la otra apremia de tal modo, que al fin y al cabo los más interesados habrán de pasar por todo, realizando la *fusión* con cualesquiera condiciones. Por lo que á mí hace, mi opinión particular es que la *fusión*, más ó menos cordial, será un hecho consumado antes de muchos meses. Lo que no vacilo en afirmar, es que las condiciones de los orleanistas son de todo punto inaceptables, y que no pueden ser ni serán en ningún caso aceptadas. Por lo que hace á la importancia de este acontecimiento, diré que en lo presente será escasa y en el porvenir inmensa. Dos cosas tengo por averiguadas y seguras: la imposibilidad de derrocar por ahora el poder presidencial, y la imposibilidad de evitar que en lo futuro sea rey de Francia Enrique V.

Pero las cuestiones más importantes hoy no son las que versan sobre la situación interior de Francia, sino las que tienen relación con el estado diplomático y político de Europa. Ya antes de ahora he dicho á Ud. algo sobre este particular; pero no puedo menos de insistir en este aspecto de la cuestión, y andar más por el mismo camino, en gracia de la grandeza de la materia y de la importancia del asunto.

Usted sabe cómo he planteado yo la cuestión europea: ahora puedo añadir que, tal como yo la he planteado, es como viene planteada. El notabilísimo discurso de Lord Derby, que habrá usted visto días atrás en los periódicos, ha venido á sancionar

todos mis principios, á corroborar todos mis pronósticos y á robustecer todas mis afirmaciones. Yo he dicho que la Inglaterra tenía un interés inmenso en poner como de relieve la cuestión territorial, y en obscurecer con sombras la cuestión revolucionaria, y eso es cabalmente lo que, pocos días después de haberlo yo dicho, ha hecho la Inglaterra por el órgano de su primer Ministro. En efecto, Lord Derby hace dos cosas: la primera, obscurecer la cuestión revolucionaria comprometiéndose, por una parte, á no intervenir en los negocios interiores de las otras potencias; y por otra, á vigilar activamente la conducta de los refugiados en Londres: descartada así la cuestión revolucionaria, saca á plaza, franca y abiertamente, la cuestión territorial y proclama su adhesión explícita á los Tratados: descartada la cuestión revolucionaria y planteada la territorial, declara que aprueba los armamentos. Es decir, amigo mío, que cuando se trata de la cuestión revolucionaria, dice Lord Derby que no hay cuestión, porque todos estamos de acuerdo; mientras que, cuando se trata de la territorial, plantea explícita y osadamente la cuestión de la guerra. Jamás se ha pronunciado en ninguna tribuna, en presencia de un gran pueblo, un discurso más hábil; jamás el supremo interés británico, el interés que consiste en plantear las cuestiones de manera que dividan al Continente, ha sido comprendido mejor por ningún Ministro de la Corona. Usted puede estar seguro de que, cualesquiera que sean las complicaciones interiores, el Ministerio de Lord Derby no caerá mientras haya temores de guerra.

El Príncipe Presidente pudo adelantarse á la Inglaterra en el planteamiento de la cuestión, y no lo ha hecho; este descuido puede costarle el poder y la vida. Hace ya mucho tiempo que una persona que, por su posición y por sus circunstancias y por sus hábitos, disfruta de cierta autoridad en estas materias, encareció al Príncipe la necesidad de reunir un Congreso con el fin exclusivo de descartar la cuestión revolucionaria; es decir, con el fin exclusivo de plantear la cuestión que reúne al Continente contra la Inglaterra, y de descartar la cuestión que,

dividiendo al Continente, da el triunfo á la Inglaterra sobre la Francia. El Príncipe vaciló, perdió tiempo, no hizo nada, y en el día debe llorar su vacilación con lágrimas de sangre.

Si siguen las cosas por el camino que llevan, el fin será un desastre inaudito: la dominación universal de Inglaterra sería antes de mucho un hecho consumado, y la revolución universal sería la consecuencia imprescindible, indeclinable de ese hecho. Sobre este punto, amigo mío, no hay que hacerse ilusiones: la Inglaterra y la Revolución son una misma cosa: eso han sido en lo pasado, eso son en lo presente, eso serán en lo futuro, y nada importa que un Ministerio conservador haya sucedido en Londres á un Ministerio revolucionario: si Ud. se pára á considerar la política contemporánea del Reino Unido, observará dos cosas: la primera, que la Inglaterra es siempre propagandista de orden en tiempo de guerra; y en tiempos pacíficos, propagandista de las revoluciones: por eso saca á plaza sus Ministerios turbulentos en tiempos pacíficos, y sus Ministerios conservadores en tiempos turbados. Tory era el Ministerio que sostuvo la guerra, á fines del siglo pasado y á principios de este siglo, contra la Revolución y contra la Francia; lo cual no impidió que, cuando el mundo hubo entrado en reposo, viniera un Ministerio revolucionario á propagar la revolución por el mundo. Lo que sucedió entonces va á suceder ahora, y para no verlo es menester estar ciegos con una ceguera incurable, ó no entender nada de achaques de historia y de revoluciones. El Ministerio tory propagará el orden y hará la guerra; un Ministerio revolucionario firmará la paz y propagará la revolución después de la victoria. Esta es la política, siempre antigua y siempre nueva y siempre una, de la Gran Bretaña.

Esta situación, aparte de la gran catástrofe de que acabo de hablar, nos amenaza con una eventualidad que puede ser próxima y que sería terrible: el Príncipe Presidente que, es un compuesto de conservador y de revolucionario, que, por un lado ama apasionadamente el poder absoluto, y que por otro

se extasia en presencia de las masas populares; el Príncipe Presidente, en fin, que, fluctuando entre todas las contradicciones, puede ser lo que Dios sabe, puede echar por el mal camino al ver que, por una parte, mientras que las grandes Monarquías vacilan en darle apoyo, la Inglaterra despliega la bandera conservadora, y que, por otra, está siendo el objeto de la incansable oposición de los partidos conservadores de Francia. Por de pronto, ya hay síntomas que indican esa nueva inclinación de su ánimo, esa nueva propensión de su voluntad: el nombramiento que acaba de hacer de Presidente del Cuerpo Legislativo ha sido deplorable; M. Billaut, el nombrado Presidente, ha pasado siempre por un socialista verdadero, aunque, según la opinión de algunos, ha concluido por abjurar de sus errores.

Esto no quiere decir que Luis Napoleón esté decidido á entrar por una senda tan llena de escollos; la verdad me parece ser ésta: el Presidente desearía enarbolar la bandera del orden; pero, si se ve abandonado por los partidos monárquicos de dentro y por las potencias conservadoras de fuera, enarbolará el primer estandarte que se le venga á la mano. En este último caso, yo no sé cómo la Europa podría substraerse á una horrenda catástrofe; la Gran Bretaña la sometería al yugo de la Revolución cuando viniese la paz, y la Francia le impondría ese mismo yugo cuando estallase la guerra. Pero nada sucede que no deba suceder; eso y mucho más merece la Europa.

Por lo que hace á nuestra España, sería una especie de delirio pensar para ella en otra cosa sino en su neutralidad. ¡Dichosa ella si puede conservarse!

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.